Solemnidad, Todos los Santos (1 de Noviembre)

Ciertas vidas de santos

"Viendo Jesús la muchedumbre, subió a un monte, se sentó y les decía: Bienaventurados los pobres, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón..." San Mateo, cap.5

Todos hemos leído ciertas vidas de Santos que en vez de enaltecer al biografado, lo desfiguran. Nos lo presentan disminuidos, extravagante, completamente distinto a los demás y con frecuencia inverosímil.

En cambio, nos entusiasman las vidas de los santos que aún van en camino tratando de vivir las Bienaventuranzas, cada uno dentro de sus limitaciones y de sus propias circunstancias.

Podrían escribirse entonces historias muy reales, colmadas de peripecias y aún llenas de humor, comenzando según se usa, por describir una casa paterna parecida a la nuestra.

En un segundo capítulo se contarían los defectos del santo: tenía muy mala letra y carecía de oído musical. Desde pequeño se vio afectado por miopía y no era de muy buen genio. Demostraba memoria para las ofensas ajenas y una notoria ineptitud para las finanzas. Por otra parte algunos períodos de su vida fueron bastante borrascosos.

Se añadirían sus vacilaciones, las deficiencias síquicas de su personalidad, los condicionamientos que le imprimieron la época, el lugar de nacimiento, la clase social y cada uno de los cargo desempeñados. A renglón seguido se contarían sus triunfos, las épocas luminosas de su vida, la forma admirable como orientó su carácter y modeló sus cualidades. Su fe en Dios, amenazada muchas veces por la desconfianza. Su fidelidad, quizás no inquebrantable pero sí perseverante. En fin, la obra maravillosa de un Dios artesano, orfebre y paisajista que nos modela, nos pule y embellece con su fuerza sobrenatural. Esta se apoya sobre todo lo natural que poseemos y nos proyecta a una dimensión más excelente.

Como resultado, admiraríamos a un santo de carne y hueso, pariente cercano nuestro, vecino de nuestra parroquia y por lo tanto capaz de motivarnos y por alentarnos. Sería la historia de alguien que buscó ser feliz y lo logró por los métodos paradójicos pero eficaces que predicó Jesús en la Montaña.

Convendría tener también en cuenta aquellas pequeñas historias de santidad que no alcanzan a un volumen; ni siquiera a un opúsculo. Tal vez llenen a medias una página. Las que narran nuestros elementales esfuerzos por perseguir al Señor: la plegaria de

un niño, un deseo sincero de cambiar de conducta, aquel mirar a Dios desde nuestra conciencia atormentada, el rechazo esporádico de alguna tentación, una acción generosa sin que nadie se entere.

Todo esto podría configurar una microcolección de santidad, la cual tendría la ventaja de incluirnos a muchos de nosotros que apenas hemos empezado a convertirnos. Además nos presentaría unidos, en grupo, como un pueblo que busca a su Señor.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y